



Tercera sesión (especial)

Martes 7 de junio de 2005, a las 10 horas

Presidente: Sr. Alsalm

ALOCUCIÓN DE SU EXCELENCIA EL SR. ABDELAZIZ BOUTEFLIKA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGELINA DEMOCRÁTICA Y POPULAR

Original árabe: El PRESIDENTE

Es un insigne honor para mí declarar abierta esta tercera sesión especial de la Conferencia Internacional del Trabajo, y dar la bienvenida en nombre de la Conferencia a Su Excelencia el Sr. Abdelaziz Bouteflika, Presidente de la República Argelina Democrática y Popular.

Tiene la palabra el Secretario General, Sr. Somaiva, para dar la bienvenida a nuestro ilustre invitado.

Original francés: El SECRETARIO GENERAL

Acoger hoy en la OIT a Su Excelencia Abdelaziz Bouteflika es abrir juntos una página de nuestra historia contemporánea, rendir homenaje a una personalidad excepcional, y aplaudir a un héroe de la independencia argelina que también ha contribuido a la incorporación de África libre en la escena internacional.

Señor Presidente Bouteflika, es un honor para la OIT recibirle, y es un privilegio para mí reconocer en usted a un ferviente partidario de la libertad de los pueblos como instrumento esencial de la seguridad mundial.

Muy joven, a una edad en la que normalmente uno se interroga sobre el porvenir, tuvo usted conciencia del sentido de la historia. Así, se adhirió usted al Frente Nacional de Liberación y participó en la lucha por la causa nacional a fin de satisfacer la necesidad de comprender, de explicar, de actuar y, por supuesto, de rebelarse.

De este modo, ingresó usted en la epopeya de la independencia africana, epopeya que, dadas mis propias convicciones latinoamericanas, me inspira a la vez sentimientos de solidaridad y de admiración. Esos sentimientos me han llevado a lo largo de la vida a entablar muchas amistades y compromisos con el continente africano.

Le recibo hoy como amigo que viene de África y del mundo árabe. Y a propósito de esto, como chileno, le agradezco muy sinceramente a Argelia su solidaridad para con nuestra lucha democrática durante la noche negra de la dictadura en mi país.

A la edad de 25 años se convirtió usted en Ministro de la Juventud, los Deportes y el Turismo en el primer Gobierno de Argelia independiente.

Poco después le nombraron Ministro de Relaciones Exteriores. En este último puesto, desarrolló usted durante 15 años una gestión diplomática com-

prometida y de gran alcance. Su energía y su talento han contribuido al prestigio y a la proyección de Argelia y del tercer mundo.

Entre las causas que defiende usted con convicción y pasión figuran: la unidad africana, el no alineamiento, los derechos del pueblo palestino, la ayuda a la descolonización o incluso el nuevo orden económico internacional.

Su actuación como presidente del 29.º período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas ha quedado grabada en nuestras memorias.

Guardo de esa época el recuerdo de la forma en que hizo usted honor al tercer mundo. Su voz nos representaba y nos sentíamos orgullosos de usted y del papel que desempeñaba.

También ha conocido usted los altos y bajos de la vida política. No ha escapado a la travesía del desierto que forja todos los grandes destinos. Tuvo incluso que emprender el camino del exilio, pero regresó a su tierra natal.

Argelia atravesó muchos años de sufrimiento y desgarramiento. En ese contexto fue usted elegido Presidente de la República, para restablecer la paz, reactivar la economía, promover una sociedad más solidaria y más participativa, y para lograr que Argelia recuperara su lugar en el conjunto de las naciones. Los desafíos y las esperanzas están a la altura de su grandeza y de su leyenda. Por ello, estamos orgullosos de recibir hoy al artífice de la concordia civil y de la reconciliación nacional en Argelia; estamos orgullosos también de acoger al Presidente de la Liga Árabe, y a uno de los promotores de la Unión Africana y uno de los pioneros de la NEPAD.

A lo largo de un excepcional recorrido político, no ha cambiado usted jamás sus convicciones en pro de la libertad y la dignidad del ser humano.

Por ello, encomiamos su contribución al éxito de la Cumbre Extraordinaria de la Unión Africana sobre Empleo y Alivio de la Pobreza en África, que tuvo lugar en Ouagadougou.

Le agradecemos también el apoyo que manifestó usted el pasado mes de septiembre en Nueva York a las recomendaciones de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización.

Como lo ha señalado usted con vigor el mes de febrero en Argelia con ocasión de la apertura del Congreso de la Organización Árabe del Trabajo, se trata en adelante de «contribuir a la elaboración de otras reglas de esta globalización con miras a humanizarla teniendo en cuenta la dimensión social

y a garantizar, por poco que sea, la equidad en la distribución de sus frutos».

Nos complace enormemente contar hoy con la presencia entre nosotros de un hombre de Estado como usted, y le agradecemos infinitamente, señor Presidente, por estar hoy aquí entre nosotros. Su presencia nos honra, y más aún las palabras que ha pronunciado, sus deducciones y su reflexión, que quedarán grabadas en nuestra memoria. En este mundo de hoy, lo que hace falta precisamente es inspirarse en personas que han luchado toda su vida, como usted. Muchas gracias, señor Presidente.

Original árabe: El PRESIDENTE

Sr. Presidente me complace ahora sobremanera ofrecer la palabra al Presidente Bouteflika para dirigirse a esta augusta asamblea, señor.

Original árabe: Sr. BOUTEFLIKA (*Presidente de la República Argelina Democrática y Popular*)

Es para mí un gran honor y un verdadero placer encontrarme hoy entre ustedes, como primer Presidente de Argelia que ocupa esta tribuna para dirigirse a la Organización Internacional del Trabajo.

También es de buen augurio el hecho de que Argelia presida en estos momentos la Liga Árabe y que, al mismo tiempo, nos encontremos aquí bajo la presidencia de una eminente personalidad árabe, todo lo cual pone de manifiesto los profundos lazos fraternales que unen a todos los árabes.

Mi deseo hubiera sido dirigirme hoy a ustedes exclusivamente en árabe. Sin embargo, las circunstancias han querido que redacte el texto en francés. Por lo tanto les ruego me perdonen si, al hacer uso de la palabra en un idioma distinto del árabe, esto les supone una decepción respecto de la imagen que tienen ustedes de Argelia y de la Liga Árabe.

Nos reunimos aquí para tratar problemas de la máxima complejidad y delicadeza, motivo por el que prefiero expresarme en un idioma que domino, y también para que mi mensaje se transmita con todos los matices. Dicho esto, les aseguro que diré todo lo que tengo que decir, aunque sea en otro idioma.

(El orador prosigue en francés.)

Es para mí un honor y un verdadero placer que me hayan invitado a exponer ante ustedes la experiencia de mi país en materia de democratización y de empleo, especialmente en lo que respecta a los jóvenes, en el marco de las reformas estructurales encaminadas a generalizar lo que se ha convenido en denominar «economía de mercado».

En primer lugar, desearía felicitar a Su Excelencia el Sr. Basim Alsalim, Ministro de Trabajo del Reino Hachemita de Jordania, por su elección como Presidente de esta 93.^a reunión de la Conferencia. Estoy convencido de que, bajo su notable y prudente liderazgo, las labores de la Conferencia serán verdaderamente fructíferas.

Asimismo, deseo expresar mi más sincero agradecimiento al Director General de la OIT, el Sr. Juan Somavia, con el que comparto recuerdos entrañables que se remontan a la época de nuestro encuentro en Argelia, entonces tierra de acogida de los movimientos de liberación nacional y tierra de asilo de los exiliados políticos, en especial de África y América Latina.

Mi hermano y amigo Juan Somavia y yo mismo estábamos entonces embarcados en el mismo combate por la libertad, el respeto de la dignidad huma-

na y la solidaridad entre los defensores de los valores humanistas en todo el mundo.

Me complace constatar que, aun encontrándonos en un nuevo contexto, seguimos embarcados en ese mismo combate. No hemos renunciado a los valores esenciales de la libertad de las naciones y las personas, la paz, y el progreso para todos y todas, como tampoco nos seguimos rigiendo por la formulación inicial de dichos valores, la cual se remonta ya a una treintena de años.

Al hablarles de trabajo, lo que haré será exponerles, con toda franqueza, la experiencia democrática de mi país tras su ruptura con una política socialista de desarrollo centrada esencialmente en la industrialización y aplicada principalmente por el Estado de partido único y las organizaciones de masas, con el surgimiento ocasional de convulsiones populistas.

Al hablarles de trabajo, también evocaré ante ustedes la lucha entablada hace más de cinco años contra el desempleo de masas — en particular el de los jóvenes — que afectó a mi país durante el decenio de 1990, antes incluso de que se hubiera completado la reestructuración de la economía sobre la base de la economía de mercado. Tanto es así que ninguna «buena razón» económica justificará nunca, ni en parte alguna del mundo, el sufrimiento experimentado por millones de hombres y mujeres excluidos del disfrute de ese derecho fundamental sin el cual la libertad no es más que una palabra vacía: el derecho al trabajo, el derecho a un trabajo decente.

Nuestra experiencia democrática ha podido parecer descaminada.

Destinada en principio a civilizar los conflictos, nuestra experiencia democrática desencadenó una oleada de violencia brutal que provocó, en ciertos momentos y lugares, un verdadero retroceso de los valores humanos. Encaminada en principio a abrir espacios de debate basados en la libertad de expresión y la confrontación de opiniones, nuestra experiencia democrática generó, en ciertos momentos y en algunos sectores de la sociedad, un aumento vertiginoso de los extremismos, acompañados de anatemas, arrogancia y sectarismo.

Destinada en principio a mejorar el funcionamiento del Estado y a dotarlo de una nueva legitimidad, nuestra experiencia democrática puso en peligro, en ciertos momentos, su propia existencia. Destinada en principio a acompañar un conjunto de reformas encaminadas a armonizar la economía nacional con el proceso de globalización, nuestra experiencia democrática bloqueó y desvirtuó en ocasiones dichas reformas.

Para comprender las dificultades, las desviaciones y, al mismo tiempo, la necesidad y el arraigo progresivo, tumultuoso e irregular de la democracia en Argelia, es menester enmendar, en primer lugar, dos enfoques equivocados que, pese a estar ampliamente extendidos, desvirtúan el análisis de la situación.

Al menos en mi opinión, fue una equivocación presentar las revueltas de octubre de 1988 como una revolución democrática. A finales del decenio de 1980, no existía en Argelia una demanda consistente de democracia política por parte de sectores importantes de la sociedad que estuvieran liderados por organizaciones políticas lo suficientemente estructuradas e implantadas como para constituir una alternativa política al poder político del momento. Es cierto que, a partir de 1980, se produjeron revueltas que afectaron a la mayoría de las grandes ciudades del país, pero éstas no cuestionaron de

forma frontal la estrategia de desarrollo y el modo de organización del poder político establecido desde la independencia.

No hubo revolución democrática porque la sociedad argelina no consideraba que la hegemonía del Estado de partido único, aun siendo unanimista y autoritaria, fuera totalitaria o despótica. Los argelinos y las argelinas, independientemente de su posición social, se beneficiaron, incluso de forma ilegal, de la concesión de prestaciones por el Estado de partido único, que se presentaba de esta forma como un «Estado providencial» para todos.

La sociedad aceptaba más o menos la hegemonía del Estado de partido único porque éste satisfacía sus necesidades sociales: alimentación, escolarización, salud, salarios, alojamiento, productos modernos de importación... Durante un cuarto de siglo, este contrato social generó una notable paz social y civil, y las protestas no iban casi nunca dirigidas al sistema propiamente dicho, sino que se referían al nivel y a las modalidades de acceso a los bienes distribuidos por éste.

La fuerza de lo que podemos denominar como «socialismo específico argelino» y su arraigo en la sociedad se debieron indudablemente al hecho de que, al menos hasta el principio del decenio de 1980, éste no consistió simplemente en una ideología o en un discurso con el que el poder político se legitimaba a sí mismo, sino en un conjunto de prácticas eficaces con las que se integró a la mayoría de la población argelina en el sistema educativo, el ámbito del trabajo asalariado y la ciudad.

Entre 1963 y 1984, el número total de puestos de trabajo pasó, en primer lugar, de 1,7 millones en 1966 a más de 3,7 millones en 1984. A pesar de un fuerte aumento de la población activa en el transcurso de los años setenta y del cese de la emigración de trabajadores en 1973, la tasa de desempleo de la población activa disminuyó de forma continuada, pasando de más del 30 por ciento en 1967 a menos del 19 por ciento en 1977. Aunque, contrariamente a las previsiones de los planificadores, el pleno empleo no se había alcanzado al rebasarse el umbral de 1980, la amenaza del desempleo se diluyó a partir de entonces y el ritmo de creación de empleo se aceleró. Fue en 1984, año en que se registró una tasa de desempleo del 11 por ciento, cuando, en mi opinión, Argelia se acercó más al pleno empleo.

Este socialismo específico dio lugar indudablemente a un aumento generalizado del bienestar en la sociedad argelina durante dos decenios. Sin embargo, no fue capaz de reproducir los frutos de dicho bienestar de forma amplia, esto es, de generar un superávit que pudiera invertirse de forma eficiente, sino que generalizó la mentalidad — desgraciadamente arraigada — de recurrir siempre al Estado providencial para solucionar a la vez los problemas individuales y colectivos.

Una de las razones principales de este fracaso radicó en el cese brutal de las inversiones, especialmente en la industria. La disminución drástica del precio del petróleo y el aumento inexorable de la deuda exterior que caracterizaron la economía argelina en la segunda mitad del decenio de 1980 pusieron de manifiesto que la estrategia de desarrollo fundada en el predominio de la empresa pública se había quedado obsoleta y que su mantenimiento podría sembrar el caos en la sociedad argelina.

Este problema era especialmente perceptible en el ámbito del empleo. A partir de 1985, el número de desempleados volvió a crecer de forma inexorable.

Alcanzó los 1,2 millones en 1988. Ese mismo año, el número de empleos creados no superó los 100.000, mientras que el número de nuevos solicitantes de empleo fue de 250.000.

La tentativa infructuosa de reformar las estructuras de la empresa pública y de fortalecer al mismo tiempo la estructura del Estado de partido único provocó el debilitamiento de unas y otras y el aumento de las prácticas depredadoras. Se puso en marcha una nueva estrategia que hizo añicos el consenso en que se fundaba el poder político y que abrió el ámbito político de forma voluntarista.

A grandes rasgos, es posible dividir en cuatro grandes períodos la experiencia democrática de Argelia.

El primero puede calificarse como un período de descentralización generalizada y de resaca del populismo. Se caracterizó por una efervescencia asociativa y política dimanante normalmente de un libertarismo contestatario y festivo que fue incapaz de generar organizaciones o, incluso, de liderar la experiencia democrática — esto es, de arraigarla en la sociedad argelina respetando sus características culturales, históricas y de civilización.

Al mismo tiempo, la sociedad adopta una actitud de duda entremezclada de prudencia desafiante hacia la introducción de la democracia y frente a la generalización de la economía de mercado por una parte de la élite que había dirigido el socialismo específico en el marco del Estado de un único partido. Para la inmensa mayoría de la sociedad argelina, las clases populares pero también una fracción importante de las clases medias, estas reformas han venido acompañadas de una verdadera degradación de sus condiciones de vida. Entre 1987 y 1995, la tasa de desempleo pasa del 17 al 28 por ciento. El consumo *per cápita* se reduce en un 28 por ciento y el número de personas consideradas como pobres aumenta del 23 por ciento a más del 42 por ciento de la población total. Esta disyuntiva entre los actores de la escena democrática y la tendencia central de la sociedad va a producir un fenómeno inesperado, y por tanto previsible, puesto que la sociedad no está preparada para ello: el regreso en forma de resaca de una ola populista que ya no se expresa en las categorías del nacionalismo independentista sino en las de un totalitarismo milenarista. Las causas son múltiples. La principal reside en el genocidio de la identidad del pueblo argelino perpetrado por la colonización francesa mediante una política sistemática de despersonalización y de eliminación global de todas las señas de identidad de la nación. Durante la época colonial, la sociedad argelina vio como se arrancaban todas sus raíces. Esta cruel situación va a ser felizmente conjurada por el regreso al primer plano de la actualidad de los actores fundamentales del Estado, en particular del ejército nacional popular que, al detener el proceso electoral de enero de 1992, en un impulso patriótico y republicano interrumpe la deriva absurda a la que se dirigía la experiencia democrática pero sin parar la experiencia misma, sobre todo en lo que respecta al pluralismo político y la libertad de expresión.

El segundo momento puede caracterizarse por la inflexión de la tendencia central de la sociedad argelina ante la escalada de los peligros, principalmente el terrible estallido terrorista y la drástica gestión de la crisis financiera. Ese momento sólo puede presentarse como un período de sufrimiento extremo, como ya se imaginan.

El populismo milenarista se transforma en parte en terrorismo nihilista que causará decenas de millares de muertos y producirá daños por valor de varios miles de millones de dólares. Al mismo tiempo, Argelia se ve obligada a pedir una renegociación de su deuda exterior y a aplicar un plan de ajuste estructural que tiene como consecuencia el cierre de cientos de empresas públicas. Argelia sobrevive difícilmente cuando al mismo tiempo se produce de manera masiva una mutación mental, toma de conciencia indispensable a la introducción de una vida democrática. Dicha mutación se produce en diversos planos al mismo tiempo. Por una parte, el paso del populismo milenarista al terrorismo nihilista produce de entrada un retroceso del primero. La inmensa mayoría de argelinas y argelinos que, en un momento u otro, formaron parte de ese movimiento no cayeron en el terrorismo en su aspecto armado, sino más bien en el terrorismo que mata mediante la palabra y la pluma.

Como la mayoría de sus compatriotas, rápidamente interiorizaron la necesidad vital de someterse voluntariamente a la República en cuanto orden político y al Estado en cuanto garante de un orden y una estabilidad mínimos. Por otro lado, el trago amargo que ha supuesto el plan de ajuste estructural ha tenido un efecto de electrochoque que ha asestado un golpe fatal al socialismo específico y a la función del Estado providencia que a todas luces no podía garantizar por más tiempo.

La sociedad argelina vive actualmente el tercer momento de su experiencia democrática. Dicho momento se caracteriza principalmente por la aparición de un pluralismo político y de una reorientación económica. El terrorismo nihilista ha retrocedido enormemente bajo el triple efecto de la lucha antiterrorista encabezada por el ejército nacional popular y los diferentes servicios de seguridad, de la marginación de los grupos terroristas y de las medidas de clemencia y reinserción, como por ejemplo la concordia civil de 1999, para los elementos armados que hayan roto con el terrorismo y optado por la paz. Aunque el terrorismo continúe representando una amenaza que hay que erradicar, ya no es un obstáculo infranqueable para el funcionamiento normal de las instituciones democráticas y, sobre todo, de los ejercicios electorales pluralistas. Tras el período de restablecimiento de los grandes equilibrios económicos, el Estado ha iniciado en el plano económico una nueva estrategia centrada principalmente en el apoyo a las inversiones nacionales y extranjeras privadas, y a nuestra participación activa en el proceso de mundialización de la economía. Los primeros resultados son todavía modestos en relación con nuestras ambiciones, pero no obstante son positivos. La economía argelina se ha reconciliado progresivamente con un crecimiento fuerte del orden del 5 al 7 por ciento desde 1999, impulsada principalmente, aparte de por los hidrocarburos, por el sector privado. De hecho, hemos firmado un acuerdo de asociación con la Unión Europea y estamos preparando nuestra entrada en la Organización Mundial del Comercio.

Argelia se dispone hoy día a abordar el cuarto momento de su experiencia democrática, el de la reconciliación nacional que consiste básicamente en pasar de la «democracia-estructura» a una «democracia-valor» ampliamente compartida por el conjunto de la comunidad nacional. La reconciliación nacional marca el fin de un período sombrío de nuestra historia, pero es mucho más que eso. Es,

antes que nada, un acto voluntario de nuestro Estado democrático por el que se reintegra en la comunidad nacional y en tanto en cuanto ciudadanos activos a todos aquellos que, en un momento o en otro, han estado marginados o se han marginado.

El objetivo central de la reconciliación nacional es ampliar y diversificar el pluralismo, tanto en la política como en la vida social.

Queremos dinamizar un amplio movimiento de solidaridad capaz de hacer retroceder las lógicas predatoras que continúan abrumando a la economía nacional.

Queremos sobre todo liberar todas las energías creadoras para dotarnos de una sociedad civil fuerte y diferente y al mismo tiempo promover una nueva modernidad humanista — que no es la occidentalización — capaz de amortiguar los choques previsibles de la globalización y que permita a nuestra sociedad participar en ella de manera innovadora en función de sus posibilidades y aspiraciones.

Acabo de hablar de una nueva modernidad humanista. Permítanme señalar una vez más en este foro que esta nueva modernidad humanista sólo tiene sentido si se hace todo lo posible por garantizar el derecho a un empleo decente a todas las personas en edad de trabajar y capaces de hacerlo.

La Organización Internacional del Trabajo, decana de las organizaciones internacionales, ha sabido atravesar todas las turbulencias que ha conocido el mundo contemporáneo. Ello se debe al carácter de su misión, que consiste en velar por el respeto de los derechos de los trabajadores en todo el mundo. Ello se deriva asimismo de sus compromisos que siempre han sido de una lucidez premonitoria.

Es el momento de recordar que el Preámbulo de la Constitución de la Organización Internacional del Trabajo recogió en 1919 que «el descontento causado [por la injusticia] constituye una amenaza para la paz y armonía universales» y que «la paz universal y permanente sólo puede basarse en la justicia social».

Unos años más tarde, a través de un conflicto mundial particularmente sangriento, la historia ha demostrado de forma trágica la exactitud de esas sabias palabras.

El mensaje de la Organización Internacional del Trabajo ha contribuido también a alimentar las esperanzas de los pueblos en lucha por la libertad. Es el caso del pueblo argelino, cuyo movimiento nacional se creó en 1926, en el seno de nuestra comunidad trabajadora emigrada a Europa, en el marco de la Etoile Nord-Africaine, apoyada por la Unión General de Trabajadores de Argelia creada a su vez en 1956 en plena guerra de liberación nacional y que ha movilizó a los trabajadores argelinos primero en favor de la independencia para después regresar, una vez reencontrada la libertad, a su vocación sindical.

Resulta por lo tanto completamente natural que Argelia se haya reconocido en la Organización Internacional del Trabajo, en la que ha ratificado, apenas tres meses después de la restauración de su soberanía, un total de 42 convenios.

Argelia, miembro comprometido de su Organización, ha demostrado, en el marco de su colaboración con los mecanismos de control de la OIT, que cumple con sus deberes en materia de respeto de los derechos de los trabajadores y de promoción de la condición social de éstos. No podía ser de otra manera tratándose de un pueblo que se levantó contra la injusticia, de un país donde la mujer fue actor

protagonista de la lucha de liberación nacional y de un Estado cuyas instituciones se fijaron como deber el de acabar con la explotación del hombre por el hombre.

De hecho, durante los dos primeros decenios de su independencia, Argelia trabajó por promover el desarrollo social a la vez que construía su economía. Es cierto que el modelo de desarrollo que había tomado facilitó la realización de grandes progresos, ejemplificados especialmente por el fuerte descenso del desempleo registrado, pese a la elevada tasa de crecimiento demográfico existente, que superaba el 3,2 por ciento.

Sin embargo, como todos ustedes saben, mi país se vio confrontado después con una grave crisis cuyas repercusiones se fueron acumulando a lo largo de los años. Esta crisis tuvo inicialmente un carácter financiero, con la caída de los precios de los hidrocarburos, factor dominante de la economía argelina, que, de este modo, quedó paralizada y constreñida a recurrir a un ajuste estructural de consecuencias de las que se resintió nuestra población.

Posteriormente, la crisis fue de naturaleza política, al entrar Argelia en una etapa de inestabilidad institucional. Y luego fue una crisis sangrienta, que adoptó la forma de un terrorismo bárbaro y destructivo cuyo trágico saldo fue de más de 100.000 muertos, y digo bien, más de 100.000 muertos, y cientos de miles de lisiados, heridos o damnificados, o simplemente buenas personas traumatizadas y desestabilizadas por esa tormenta y por una adversidad imprevista, todo esto sin contar los más de 30.000 millones de dólares en daños físicos y materiales.

La tragedia nacional vivida por Argelia supuso inexorablemente una grave acumulación de dificultades sociales, sobre todo por el aumento del desempleo y por la afluencia de cientos de miles de personas que, huyendo del terrorismo de las zonas rurales, se marcharon a vivir a las ciudades en condiciones precarias, en un mundo de barrios de tugurios hecho de desamparo humano, de miseria y de calamidades sociales.

No obstante, gracias a Dios, y gracias al valor y al sentido de la solidaridad de la nación argelina, mi país pudo emprender, con buen pie, el camino hacia la recuperación nacional. De este modo, la política de concordia civil que se puso en práctica a partir de 1999 por voluntad popular manifestada en referendo, política que evoluciona hacia una reconciliación nacional general, hizo posible el reestablecimiento de la paz civil y una prolongada restauración de la seguridad en todo el país, lo que permitió lanzar una política de reconstrucción nacional.

En la paz reencontrada, Argelia se afanó en la reconstrucción nacional, valiéndose antes que nada de sus propios medios para rehabilitar las infraestructuras destruidas, restaurar el bienestar de la población y librar una lucha frontal contra el desempleo.

Entre 1999 y 2004, el Estado invirtió en desarrollo más de 38.000 millones de dólares, de los que una parte considerable fue absorbida por el desarrollo humano. A los recursos comprometidos por el presupuesto público se añadieron más de 18.000 millones de dólares en inversiones realizadas por operadores privados, nacionales o extranjeros. Este esfuerzo obtuvo resultados convincentes.

Durante los seis últimos años, la esperanza de vida de la población se ha incrementado de 72 a 74 años; el nivel de pobreza, calculado sobre la base de un dólar por día y por persona, se ha reducido desde

más de un 3 por ciento hasta menos de un 1 por ciento en la actualidad; el salario mínimo garantizado ha aumentado en un 80 por ciento, mientras que la tasa de desempleo ha pasado de más del 30 por ciento a sólo un 17 por ciento, y todo sobre la base de los criterios más estrictos de la Oficina Internacional del Trabajo, que no tienen en cuenta la economía informal, inmenso desorden donde los haya que escapa a todo control.

Hasta 2009, el gasto público en inversión superará los 55.000 millones de dólares, y esperamos que venga acompañado de inversiones privadas, nacionales y extranjeras, que representarían más de la mitad de esa cantidad. Dicha gestión tiene objetivos claramente identificados.

En primer lugar, se trata de velar por la fase final de la transición del país hacia la economía de mercado ofreciendo un plan de ataque para las empresas locales, atrayendo inversión extranjera hacia un mercado dinámico y emprendedor y contribuyendo a la emergencia de una economía diversificada fuera de los hidrocarburos, que, como ustedes saben, siguen siendo predominantes.

En segundo lugar, se trata de salvar los déficit en términos de desarrollo humano, sobre todo en materia de alojamiento o de capacidades de formación, a todos los niveles y teniendo en cuenta la relativa juventud de nuestra población.

En tercer lugar, se trata de valorizar el conjunto de potencialidades del país, incluidos sus recursos humanos, dando trabajo al máximo posible de ciudadanos y ciudadanas, haciendo retroceder el desempleo y acrecentando del mismo modo el crecimiento, la productividad, la seguridad y la estabilidad. Pensamos que la estabilidad depende de la erradicación definitiva de la violencia y del terrorismo por medio de medidas de seguridad acompañadas de medidas sociales, económicas, culturales, políticas y jurídicas.

De hecho, Argelia es un país que dispone de recursos suficientes, pero que está muy necesitado de que estos recursos se materialicen en logros. Su intención, por tanto, es la de dar trabajo a su población a fin de velar por su inserción en el mercado mundial y su adaptación a las reglas de la competitividad internacional a la vez que se mantiene la justicia social, que es una de sus exigencias nacionales.

Con lo anterior, y tras haber invertido en los motores de su solidaridad nacional, Argelia pretende brindar a cada ciudadano y a cada ciudadana una oportunidad de inserción social digna en la que éstos participen en la producción de su parte de la riqueza nacional.

Paso a referirme ahora a nuestra experiencia en el contexto de la lucha contra el desempleo.

El desempleo juvenil es un desafío de importancia crítica para Argelia, puesto que, de un total de casi 1,7 millones de desempleados, más del 73 por ciento son jóvenes de menos de 30 años, y, en segundo lugar, porque, de una población de más de 32 millones de habitantes, el 34,5 por ciento, es decir, más de 11 millones de personas, es menor de 16 años.

Estos dos últimos datos, por sí solos, permiten darse cuenta de que la lucha de Argelia contra el desempleo, y, particularmente, contra el desempleo juvenil, será una batalla encarnizada durante más de un decenio, aun teniéndose en cuenta el notorio descenso registrado desde hace algunos años en lo que respecta a la tasa de crecimiento demográfico,

que ha pasado a aproximadamente un 1,6 por ciento.

Argelia pretende movilizar todas sus energías para afrontar este reto, que condiciona el éxito de su política de justicia social y la preservación de la paz social y de la estabilidad nacional. Para encarar estas cuestiones, Argelia está desplegando una política con varios aspectos complementarios.

El primero de estos aspectos radica en un esfuerzo sostenido de formación a todos los niveles.

Así, la educación nacional, que moviliza al año alrededor de 3.500 millones de dólares en gasto público, acoge cada año a más de 8 millones de nuestros niños en las escuelas públicas. El número de escolares comienza a estabilizarse, después de haberse duplicado en el transcurso de veinte años. La escolarización está garantizada para cerca del 95 por ciento de nuestros niños, en un contexto de verdadera igualdad entre uno y otro sexo.

Por su parte, la formación profesional ha visto cómo su número de alumnos aumentaba en casi un 150 por ciento desde el comienzo de este decenio, hasta superar en la actualidad los 700.000 estudiantes, y con la perspectiva de que cada año se forme a más de un millón de adolescentes, desde ahora hasta que concluya este decenio. Esta formación profesional no sólo permite hacer frente al abandono escolar, sino también facilitar la inserción de pasantes en el mundo del trabajo.

En cuanto a la universidad argelina, el número de estudiantes ha pasado de menos de 200.000 en 1990 a 740.000 el año pasado, e incluso a 800.000 si se cuentan todos los matriculados en el conjunto de institutos universitarios. Más del 56 por ciento de estos estudiantes son chicas jóvenes. A finales del presente decenio, alcanzaremos la cifra de 1,5 millones de estudiantes.

El segundo aspecto del esfuerzo de Argelia contra el desempleo es la promoción de un crecimiento económico notable y continuo para dinamizar la oferta de empleo.

Con la ayuda de los programas públicos de apoyo al desarrollo, la tasa de crecimiento económico ha mejorado a lo largo de los cinco últimos años, y se consolidará durante los próximos años.

Al mismo tiempo, se han tomado medidas para estimular la creación de empresas, a través de las ventajas que ofrece el código de inversiones, el fácil acceso al crédito, y los mecanismos de garantía y de bonificación de las tasas de interés. Por último, la política de privatización de las empresas públicas, que ha tomado un verdadero impulso, reactiva la actividad de las unidades privatizadas y contribuye a la creación de nuevos empleos.

El tercer aspecto de la acción de Argelia para luchar contra el desempleo se refiere a una serie de dispositivos de estímulo a la inserción profesional y a la creación de empleos. Al respecto, permítanme presentar brevemente los siete dispositivos que hemos puesto en práctica a esos efectos.

En primer lugar, la creación de empleos en espera, a través de los tres mecanismos siguientes: los empleos asalariados de iniciativa local, las actividades de interés general y los trabajos de utilidad pública de alta densidad de mano de obra.

Esos mecanismos establecidos durante el período de ajuste económico estructural, se han mantenido y compiten hoy día con el empleo en espera. De esta forma, sólo para el año 2004, esos mecanismos han brindado juntos el equivalente de más de 270.000 empleos anuales, mientras que en el correr de los

seis últimos años su resultado ha sido el equivalente de casi 1,5 millones de empleos anuales, gracias a un aporte presupuestario de casi 1.000 millones de dólares.

En segundo lugar, con la aplicación en 2000 del plan nacional de desarrollo agrícola y rural, el sector de la agricultura, uno de los principales motores del crecimiento económico y, sobre todo, proveedor de empleos estables, creó durante estos últimos años el equivalente a 860.000 empleos, de los cuales 362.000 con carácter permanente. En estos datos no se incluyen los demás sectores.

Esos empleos han sido creados gracias a la puesta en práctica de los diferentes programas de desarrollo agrícola, entre los cuales citaré, en particular:

- la valorización de las tierras mediante concesiones, orientada hacia los jóvenes desempleados calificados o no. Se trata del dispositivo de las concesiones agrícolas que está orientado principalmente hacia los jóvenes desempleados del medio rural. En seis años se han otorgado más de 41.000 concesiones agrícolas que han generado más de 126.000 empleos;
- la protección de los recursos naturales, a través de la lucha contra la desertización y la protección de las cuencas vertientes, así como la reforestación útil y económica cedida a los jóvenes lugareños haciendo intervenir a las poblaciones interesadas del lugar, lo que ha permitido generar 370.000 empleos estables;
- la modernización de las explotaciones agrícolas, la adaptación de los sistemas de cultivo a las regiones y a la tierra y la intensificación de las producciones agrícolas más creadoras de riqueza y de empleo para los jóvenes calificados o que han de recibir una formación. De esta manera, se crearon 337.000 empleos;
- el refuerzo del apoyo a las explotaciones agrícolas mediante la creación de unidades especializadas compuestas de jóvenes diplomados sin empleo. De esta manera, más de 20.000 jóvenes procedentes de las universidades han creado sus pequeñas empresas que valorizan sus conocimientos — agrónomos, veterinarios, etc. —, necesarios para la modernización de nuestra agricultura y que les permiten ganarse dignamente la vida.

En tercer lugar, contratos de preempleo destinados a los universitarios diplomados y a los técnicos superiores, que ofrecen un empleo cuya duración puede llegar hasta los dos años, en instituciones públicas y empresas. Este enfoque permite a los interesados adquirir una experiencia profesional que habrá de facilitarles su ulterior contratación. En 2004, casi 60.000 jóvenes diplomados fueron beneficiarios de este dispositivo que crece con gran rapidez.

Después de haber permitido el empleo de más de 100.000 diplomados durante los últimos seis años, para un gasto público de 110 millones de dólares, son más de 300.000 los jóvenes diplomados que en el transcurso de los próximos cinco años obtendrán contratos de preempleo.

En cuarto lugar, la puesta en práctica de microcréditos que, después de un período de ensayo, experimentó un verdadero impulso el año pasado, y permitió la creación de casi 16.000 empleos, incluidos los empleos a domicilio, mediante la combinación de un aporte personal de los beneficiarios, de créditos sin interés otorgados por el Estado y de un crédito bancario con tasas bonificadas por los recur-

sos públicos. El rendimiento de ese dispositivo se duplicará en el correr de los próximos años.

En quinto lugar, el apoyo al empleo de los jóvenes a través de la creación de microempresas. Este enfoque combina también un aporte personal de los candidatos, préstamos sin interés otorgados por el Estado y un crédito bancario sometido a los criterios de rentabilidad, cuyos intereses son objeto de una bonificación parcial.

En seis años, este dispositivo ha permitido a jóvenes de entre 18 y 35 años de edad crear más de 68.000 micro empresas, lo que ha generado más de 135.000 empleos permanentes. El dispositivo atrajo casi 1.400 millones de dólares de inversiones, de los cuales 235 millones son aportes personales de los interesados en proyectos rentables que garantizan una elevada tasa de reembolso de los créditos y que están presentes en todos los sectores de la economía.

Las nuevas medidas de estímulo permitirán aumentar sensiblemente el número de empresas creadas por los jóvenes desempleados.

En sexto lugar, la ayuda a la creación de microempresas, disponible para los desempleados de entre 35 y 50 años de edad para inversiones que pueden llegar hasta los 70.000 dólares, donde se asocian aporte personal, créditos sin interés otorgados por el Estado y créditos bancarios con tasas bonificadas. Los beneficiarios de ese dispositivo reciben asimismo la asistencia para la creación de su inversión de un consejero que también los acompaña durante la fase inicial. En su primer año, este dispositivo ha permitido la realización de una centena de operaciones de inversión.

En séptimo lugar, por último, con el objeto de suprimir todos los obstáculos a la creación de empleos que se plantean a los desempleados, los poderes públicos han puesto en marcha un programa de realización de 100 locales en cada una de nuestras 1.541 comunas en beneficio de las personas sin empleo, lo que ha permitido la creación de por lo menos 300.000 empleos en diversos ámbitos de los servicios y del artesanado.

Se ha previsto que estos dispositivos, cuyos efectos se propagan a través de todas las regiones del país, se intensifiquen durante los próximos cinco años.

Los esfuerzos que desplegamos en Argelia para luchar contra el desempleo, garantizar los derechos de los trabajadores y llevar a cabo la promoción social se realizan mediante la concertación, dentro de la estructura tripartita que reúne al Gobierno, a los sindicatos y a los patrones.

Ese foro tripartito ha constituido un precioso aporte durante el período del ajuste económico estructural. Un ejemplo de ello es la Caja de seguro contra el desempleo que ha creado y que ha permitido pagar a más de 400.000 trabajadores despedidos por motivos de reducción de personal, indemnizaciones durante tres años en espera de su reincorporación a la vida laboral.

Hoy día, en un momento en que la reactivación y el crecimiento de la economía son nuevamente una realidad en Argelia, ese mismo marco tripartito acaba de decidir la próxima conclusión de un Pacto Nacional Económico y Social. Ese pacto permitirá conjugar los esfuerzos de todos los interlocutores al servicio del despegue económico real del país, en un marco de una paz social garantizada gracias a ello.

Al mismo tiempo, la estructura tripartita decidió la actualización de la legislación argelina del trabajo en forma de un verdadero Código del Trabajo, que utilizará como referencia los Convenios de la Organización Internacional del Trabajo.

Se trata a la vez de un reconocimiento y de un acto de fe para con la Organización Internacional del Trabajo en cuanto al lugar cada vez más importante que la Organización deberá ocupar en esta época de globalización y de las garantías que Argelia procura ofrecer a sus trabajadores en momentos en que la mundialización trae aparejadas importantes desreglamentaciones en todos los ámbitos. Es como testimonio de ese reconocimiento hacia esta honorable asamblea que tengo el placer de anunciarles la decisión de Argelia de ratificar cuatro nuevos Convenios de la Organización Internacional del Trabajo: el Convenio sobre los representantes de los trabajadores, 1971 (núm. 135), el Convenio sobre seguridad y salud de los trabajadores, 1981 (núm. 155), el Convenio sobre seguridad y salud en la construcción, 1988 (núm. 167) y el Convenio sobre las agencias de empleo privadas, 1997 (núm. 181).

La globalización ha generado desconfianza en todo el mundo. De hecho, en septiembre de 2004, ante la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, el Secretario General de las Naciones Unidas, el Sr. Kofi Annan, afirmó que «los beneficios de la globalización se habían repartido de forma injusta, por lo que la mayor carga recaía sobre los más desprotegidos». Asimismo, agregó que «demasiadas personas, particularmente en los países en desarrollo, se sentían excluidas y amenazadas por la globalización. Esas personas se sienten que están al servicio de los mercados, cuando debería ser al revés». Por último, el Sr. Kofi Annan subrayó que esta situación tenía que cambiar.

En los países en desarrollo y, en particular, en Africa, la gente se está movilizando para instar a los países desarrollados a que otorguen una dimensión humana a la globalización. Esta es la meta principal de la Nueva Alianza para el Desarrollo de Africa (NEPAD), y el objetivo fundamental del mensaje transmitido en la Cumbre Extraordinaria de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Africana sobre Empleo y Alivio de la Pobreza en Africa, que tuvo lugar en Ouagadougou el año pasado.

En los países desarrollados, observamos que la gente es cada vez más consciente de lo que está en juego en términos sociales y económicos como consecuencia de la globalización. Por ejemplo, en una conferencia internacional celebrada en España el pasado mes de marzo, se señaló que la injusticia es el caldo de cultivo del terrorismo, por lo que tenemos que redoblar los esfuerzos para lograr el desarrollo económico y social en todo el mundo y acabar así con esta lacra de nuestra sociedad.

Asimismo, la Organización de las Naciones Unidas expresó su opinión al respecto mediante la creación de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, una iniciativa en la que la OIT ha desempeñado una función activa por medio de su Director General, el Sr. Juan Somavia, junto con el Presidente de la República Unida de Tanzania y la Presidenta de Finlandia. Otros participantes activos fueron los Presidentes de Francia, Brasil, Chile y España, así como el Canciller de la República Federal de Alemania.

Esperemos que la cumbre que se celebrará en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York para examinar la Declaración del Milenio sirva para fo-

mentar la solidaridad en el ámbito internacional. Sólo mediante la solidaridad internacional podremos otorgar una dimensión humana a la globalización. Lo que está en juego es la paz y la seguridad en el mundo. Debemos rendirnos a la evidencia y convencernos de que estamos sujetos a la economía de mercado y a la globalización. Para aquellos que creen que una dimensión más humana es posible, tenemos que conformarnos por el momento con la realidad actual y sacar las conclusiones necesarias.

Cabe señalar que la historia de la humanidad ha estado marcada por distintos miedos y problemas. En el pasado, Daniel Guérin y otros autores mostraron su preocupación por la despersonalización del mercado y del lugar de trabajo. Esta despersonalización tenía que ver con las cadencias infernales del «taylorismo» y el «stakhanovismo» excesivos, y con la frustración que generaba el trabajo «repetitivo y restringido» del trabajador, que seguía el ritmo inhumano impuesto por las cadenas de producción industrial. La producción excesiva y el trabajo repetitivo privaban de felicidad y de creatividad a los trabajadores. Por ejemplo, el trabajador de una fábrica de automóviles estaba condenado a trabajar durante todo el día y se limitaba a realizar una tarea muy concreta de toda una cadena de trabajo, por lo que su universo laboral era demasiado reducido.

En la actualidad, los problemas son de otra índole. Al trabajo repetitivo se añade el desempleo, uno de los grandes retos de la sociedad contemporánea. El trabajo genera libertad, mientras que el desempleo aliena. Los datos del desempleo son alarmantes en muchos países. Y mientras Jeremy Rifkin anuncia al mundo «el fin del trabajo humano», al igual que su colega estadounidense Francis Fukuyama predijo «el fin de la historia», la humanidad sigue sufriendo de una civilización mundial que se resquebraja, algo de lo que hablaron en su momento los alemanes Martin y Schumann cuando describieron «la trampa de la globalización». Es más, ahora está surgiendo un tipo de civilización en el que bastará con una quinta parte de la población activa para mantener el funcionamiento de la economía mundial. El resto de la población activa se encontrará sin empleo.

Todos leemos con frecuencia en los periódicos que las multinacionales despiden a miles de trabajadores de todo el mundo. Con la globalización, nuestra economía será, con toda probabilidad, tan sofisticada que privará a los seres humanos de lo que

siempre han considerado como fuente de beneficios, es decir, del trabajo. El hombre se convertirá en lo que era en la antigua Grecia, a saber, una persona que no trabaja y que nunca lo hará.

Algunos licenciados de prestigiosas universidades de todo el mundo se han tenido que conformar con un puesto de trabajo como vigilante nocturno o taxista para poder sobrevivir, ya que el mercado del trabajo no les deja otra opción.

Este es el tipo de reto al que tenemos que enfrentarnos ahora, en un momento en el que la importancia de los valores humanos se va reduciendo en el mercado del trabajo.

Como conclusión, cabe subrayar que no debemos abandonar nuestros ideales humanos ni aceptar la invasión del mercantilismo posmodernista. Debemos más bien luchar por la idea de que el capital es fruto del trabajo humano. Son, pues, los Estados democráticos los que han de adoptar las medidas necesarias para velar por que los beneficios no vayan en detrimento de las aspiraciones legítimas de los hombres y las mujeres que luchan por obtener un trabajo decente. Sólo así se podrá otorgar una dimensión humana a la globalización.

Original árabe: EL PRESIDENTE

Presidente Bouteflika, su presencia da una calidad especial a esta sesión. Reviste importancia para los países árabes, y es muy importante para Jordania que nos haya honrado con su presencia durante esta sesión especial de la Conferencia.

Usted ha evocado una serie de cuestiones que afectan a la vida de todos los seres humanos, sin distinción de raza, religión o nacionalidad. Usted se ha centrado en una serie de problemas que se están examinando en todo el mundo. Su llamamiento procede del líder de una nación que ha luchado por la independencia, un líder que se ha esforzado, y sigue esforzándose, en pro de la unidad de Argelia. Se ha propuesto reforzar el imperio de la ley, las instituciones y la democracia haciendo hincapié en la función de la sociedad civil y la participación de la mujer y los jóvenes en la toma de decisiones a nivel político, económico y cultural.

Su presencia nos ha honrado, y por ella le estamos agradecidos, pues supone una contribución para la paz. Con esto concluye la tercera sesión especial de esta reunión de la Conferencia.

(Se levanta la sesión a las 11 h. 15.)

INDICE

Página

Tercera sesión (especial)

Alocución de Su Excelencia el Sr. Abdelaziz Bouteflika, Presidente de la República Argelina Democrática y Popular	1
<i>Oradores:</i> El Presidente, el Secretario General, Sr. Abdelaziz Bouteflika	